



DE AMOR Y DE MAR

Poemario en prosa

José Francisco Nigenda Pérez

Colección
Boca del Cielo



UNICACH

De amor y de mar

poemario en prosa

José Francisco Nigenda Pérez



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
2008

Segunda impresión: 2008

D. R. © 2008. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

1ª Avenida Sur Poniente número 1460

C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

www.unicach.edu.mx

editorial@unicach.edu.mx

ISBN 978-968-5149-61-7

Diseño de portada: Manuel Cunjamá

Imagen de portada: Manuel Cunjamá

Impreso en México

Índice

El principio de un camino	7
Pórtico.....	9
Orígenes	11
Éxodo	15
Los primeros días.....	19
La escuela.....	23
Huella en el amor	27
Sangre extendida.....	31
El regalo esperado.....	35
Hombrías.....	39

Entre once y trece.....	43
Fiestas aquellas.....	47
Compás de amor.....	51
La boda.....	57
El mar, entonces obligado.....	61
El morir.....	65
Las chocolateras.....	69
Barrio añorado.....	71
Vuelo hacia los sueños.....	73
Regresos, de vez en cuando.....	77
Premonición.....	79
El principio del fin.....	81
La muerte.....	85
Y así.....	89

*Para ti, papá,
una de las tantas maneras de que
estés
siempre conmigo.*

*Para ti, mamá,
amorosamente
mi origen.*

El principio de un camino

Desprovisto de frivolidades, como digno hijo del espíritu, *De amor y de mar* irrumpe en nuestra conciencia para quedarse de plano sin interrupciones.

Es que no puede ser de otra manera. No está hecho para irse o para cobijarnos a intervalos.

La razón es muy sencilla. Se trata de reconocer y ser reconocido; se trata de monologar con tus orígenes, de apagar tu sed en las fuentes de la vida y de la muerte.

Pero también, se trata de comprobar que la pluma supo deslizarse con dignidad y destreza; que hubo habilidad y coraje para descorrer las cortinas de la alcoba interior y frente al espejo verse y dejar verse al desnudo, sin prendas que pretendían cubrir tus inconsistencias.

En este escenario, *De amor y de mar* es un relato de estirpe —origen y circunstancias—. Un relato tuyo o mío —de muchos o de todos—. Un relato que está allá y está aquí y que fue escrito por alguien que supo ser y sabe ser.

Es sentimiento que recorre distancias y pasillos; que observa y esculca. Que se sienta en la butaca a ver jugar

los días, pero que también se va o al menos quiere irse muy consciente que nunca se irá.

Por eso vale ser expresado. Pero más por eso vale haber sido escrito y definitivamente por eso vale ser leído.

Leerlo significa saber que entras y sales, vuelves a entrar y al final te quedas. Y te quedas atado en el taburete o imperceptiblemente confundido en la oscuridad para ver como salen del baúl los duendes de tu vida. Realismo mágico que te permite reencarnar y redescubrir los rostros que te darán rostro hasta después de la muerte.

Esto es *De amor y de mar*. Algo más que una historia personal o de familia. Algo más que un recuento de vivencias. Es algo así como el matiz y el corazón de un pueblo, de una manera de ser en colectivo embriagado *De amor y de mar*.

José María Jiménez Morales

Pórtico

He recreado mi imaginación y mis recuerdos en un tiempo y en un espacio específico de mi vida: desde mis primeros años de edad hasta que, con dolor, habría de dejar la tierra que me ofreció una paternidad por adopción que siempre habré de reconocer.

He expresado amor por mi gente: por las vivencias en las calles más transitadas, la singularidad de los episodios vividos en las casas de las amistades, los sucesos irrepetibles con los amigos del alma; he sentido la tragedia y el dolor por la presencia de la muerte y por todo aquello que ha representado el haber vivido en la tierra caliente y efusiva y siempre grata de Tonalá, Chiapas.

Para quienes no la conozcan, permítanme decirles que es el mejor lugar para vivir y morir en paz. Que se vive siempre a gusto. Que se muere igual. Que lo único que debe hacerse es dar amor, tanto o más que el que se recibe: ¡Ay de aquél que haga mal uso de este sentimiento!

Esa gente no perdona. Gesto bello.

Sé, por los tiempos de la vida, por los caminos andados de mi vida, que aquellos tiempos los viviría de nuevo si Dios me permitiera reencarnar como yo soy y he sido, y con la misma gente.

Orígenes

Todos, o como la mayoría, como hierba diminuta que nace escondida —íntima y cohibida— entre los surcos de la vida, vi por primera vez el mundo —como un libra asomándome curioso— en un octubre, cuarto día, de mil novecientos cincuenta y cuatro.

Tiempos aquellos de estrecheces al interior de la familia que, para entonces, se sumaban cinco: mi madre y mi padre, hermana mayor, hermana gemela mía, y yo, por supuesto.

Mi madre, zoque por sus raíces y de origen bondadoso y franco por el suelo que le vio nacer, con pedazos de cielo, aire, sangre, costumbres y recuerdos; abnegada, de carácter sumiso, preñada de actitud amorosa para sus congéneres, dedicada a las sazones y a las ollas y trastos en ese permanente e inacabable trajín que divinamente —todos los días, y comiendo tres veces— unía a la familia en cálido nido construido en un otoño permanentemente fraterno.

Doña Clara Pérez Cundapí se movía en silencio, afanosa, no sé si alegre porque no lo recuerdo, erguida

siempre a pesar del cansancio de su espalda y de sus pies agudamente acangallados.

Mi padre, durante ese tiempo, en un Tuxtla lejano e irreplicable por los años, transitaba todos los días de su casa al centro del pueblo para llegar a su trabajo y servir a su patrón, don Ángel Ocampo, fotógrafo conocido e ilustre de la sociedad de aquel entonces. Con él, cotidianamente, como quien esculpe encaprichado y terco un destino, aprendió el oficio que le permitió grabar imágenes eternas, de mujeres, de hombres, de niños, de viejos, de paisajes, de emociones mundanas diversas.

Don Belisario Nigenda Molina grabó su obra en el sabor de los recuerdos y en los inolvidables sentimientos de los corazones, de los rostros, de los cuerpos, de quienes —con amor, vocación y mucha necesidad— fotografió para siempre.

Durante aquellos años, las hermanas —una de seis y la otra de cuatro años—, eran la necesitada compañía, el complemento de la vida, los pleitos de todos los días a la hora de la comida, la búsqueda callada entre las hermanas y el hermano en ausencias dadas. Eran las damas pequeñas de la casa. Las adjuntas del trajín, las de la barrida, la trapeada concienzuda de todas las mañanas, las del recorrido somnoliento al mercado a las seis de la mañana en compañía de doña Clara, las de las idas por las tortillas, las del mandado diario a la tienda de la esquina a cada rato del medio día.

Recuerdo vagamente la víspera de mis primeros cuatro años. ¡Claro que la recuerdo! Dieciocho de julio de mil novecientos cincuenta y ocho.

Cómo no recordar aquél trágico accidente —podríamos decir que en casa—, casi a las dos de la tarde, pocos días después del verano, del cual pocos, por los tiempos idos de bastantes ayeres, recordarán cuando aquél avión, de carga más que de pasajeros, tuvo a mal aterrizar y por la fuerza en el patio de mi humilde casa y de otras alledañas. Hubo llanto, pérdidas materiales, cuadros inolvidables de dolor ajeno, ojos chisporroteando sorpresa y miedo, muerte de terceros, suceso como para contarle a los nietos; éxodo.

Ese día, y otros cuantos después, dieron paso a la maravillosa decisión de mis padres de refugiarnos en un pueblo, que sonaba bastante lejano, hace casi cuarenta y seis años, cercano hoy por las remembranzas que a diario vivo.

De pronto estuvimos en Tonalá, tierra y cielo, espacio límpido con valor inconmensurable por sus habitantes, por sus tradiciones, por su calor siempre tórrido de los corazones de ese singular género humano. Lugar costeño en donde se dieron inicio, a partir de entonces, mis primeros años y otros tantos que los viví emocionado, agradecido del destino por haberme otorgado una idiosincrasia que la cargo y la exhibo como don divino producto de aquella gente buena.

Para ella van mis emociones.

También mi respeto y el resto de mis días mortales.

Éxodo

La hora no la recuerdo. Dicen que se moría el sol de ese veinticuatro de septiembre de mil novecientos cincuenta y ocho, cuando una madre y un padre descendieron de un autobús de segunda en una calle cualquiera, desconocida, de una tierra ajena, sentida fría pese al calor infernal en aquel mes todavía de torrenciales lluvias.

Quisiera imaginarme el palpitar de sus corazones, pero no puedo. Quisiera reconocer hoy, ese mundo virtual pintado de color verde, pero incierto, que llevaban dentro, esa sensación de vacío en el estómago que produce la incertidumbre de los sucesos; esa fe de hombre y de mujer, indisoluble, como un solo espíritu, en busca de todo, de ilusiones por cumplirse, de alimento, de una razón para vivir agradecidos con la vida.

Arribaron al destino voluntariamente escogido. Con los viejos —que en ese entonces eran jóvenes— descendieron dos niñas y un niño. La mayor de seis años, el resto —los gemelos— de casi cuatro. Además de esa carga humana,

en unas cuantas cajas de cartón, no sé si en algún veliz de aquellos con ángulos de fierro —a medio llenar— iban los ajuares: escasos pantalones y camisas y vestidos y calzones, tan pocos que eran de lavar y tender para evitar las desnudeces; pero eso sí, repleto de un montón de sueños y esperanzas. También se transportó el equipo del oficio de fotógrafo y algunos enseres para hacer la comida y servirla a los comensales. Para dormir, habrían —de sobra— dos cosas: cansancio con sueño y todo el piso de la casa.

De veras que no imagino el final del exilio. De ese viaje pensado hasta el aburrimiento y la fatiga. Para entonces, estábamos con rumbo a una casa rentada por inquilinos, familiares nuestros. Nos sumaríamos como visitantes. Así llegamos a la 16 de Septiembre, calle empedrada, semioscura, alegre por las noches, donde se ubicaba la casa de don Cleofas Cigarroa, hombre viejo, encorvado, de poco hablar, hosco, ranchero ensombreado, franco y solamente interesado por cobrar la renta del inmueble mes tras mes.

No sé si fuimos una carga de esas que agarran mal olor después de los primeros tres días de estancia.

A esa hora se sentía correr y se escuchaba un viento suave, fresco y sereno, marco natural de bienvenida para los necesitados, como cobija contra el espanto de los adultos, como sonrisa para los niños que se asomaban, sin quererlo, a años maravillosos.

¡Buenas!, —dijo mi padre. ¿Se puede...?

En la banqueta, curioseando a través de la puerta abierta, estaban cinco sujetos en espera de la tranquilidad que produce el saber que estás guarecido del sereno y del miedo del infortunio de la calle solitaria conforme avanzan las horas quietas de la noche.

No recuerdo haber oído respuesta alguna.
Era casi de noche.

Los primeros días

Dios da todo... Nadie camina un camino que Dios, antes, no lo haya recorrido. Nada sucede en la vida sin que Dios sepa qué va a pasar. La única manera de saber que Él está con nosotros se traduce en que de pronto actuamos con decisión y fe. Miramos hacia adelante y nada nos arredra. Dejamos el miedo en paz. Es el tiempo en el que justamente los sueños dejan de serlo. Es cuando la realidad nos hace ser y hacer. Cuando el hombre se hace y se siente más hombre. Cuando el hambre se calma con saciedad porque el bocado se ha comido con vergüenza.

De aquel veinticuatro de septiembre, además de la llegada al pueblo y a la casa ajena, resaltaron las primeras fotos, que la inmensa mayoría —fotogénicos o no— no dudaría que hoy día las conserven.

Con urgencia se desempacó aquella cámara fotográfica de principio del siglo pasado, —con su caja de madera gastada y barniz oscuro untado hasta en sus oquedades más profundas por los devenires del oficio; cámara de las

que tenían tripié y fuelle endurecido por el paso de los años y por el uso constante durante los tiempos idos— y en la que casi había necesidad de introducir medio cuerpo —o más— para enfocar al cliente.

También se desempacaron dos potentes reflectores con focos de quinientos watts y un banco de madera de cuatro patas pintado de rojo, siempre rojo, para sentar a los clientes, que hasta la fecha apolillado existe —en casa de mi madre— y que de edad debe de tener por lo menos sesenta años. Y está en pie.

Por eso digo que Dios socorre a todos y en todo. La prisa del desempaque obedecía a que la clientela estaba en casa en espera de aquellas primeras fotos, en un pueblo, a esa hora, sin luz.

¿Cómo se enteraron de la recién llegada del nuevo fotógrafo? La abuela María, madre de mi padre, Dios la tenga en su gloria por sus dotes de difusora.

Lo cierto es que, con la emoción del viaje y la intempestiva instalación y uso de los enseres fotográficos, no sin antes suceder el milagro que la luz volviera en su justo momento, pudo mi padre en voz alta, y mi madre en un silencio sonoro, dar gracias a Dios y a esa gente por propiciar los primeros bocados, y por darle al viejo la seguridad del resto de sus días.

A veces pienso que mi padre tenía pacto con alguien... Le recuerdo, todos los días, sentado —en la sala, o el recibidor de clientes— con su pierna izquierda o derecha descansando una sobre la otra y moviéndola in-

cansablemente en un vaivén y temblor eternos. Todo él fresco, recién bañado, desde temprano, sorbiendo una taza de café recién hecho, en espera de los primeros ingresos del día.

Creo que día tras día, uno tras otro, con los ojos cerrados y apretados se santiguaba ante Dios, o algo hacía, no lo sé, pero nunca dejamos de comer, abundante y sabroso, y siempre producto de las fotos, desde aquellas primeras nítidamente impresas, hasta que el reflector potente se le fue apagando desde lo más profundo de sus ojos.

Así pasamos la primera tarde, horas que lentamente se fueron convirtiendo en oscuridad de noche nueva, con un crepúsculo pardeado de gris intenso sintiendo con gajos de angustia y un malestar desconocido, lo lóbrego e incierto de un techo y piso ajenos.

No recuerdo qué cenamos esa noche, o si haya habido algo para cenar. No lo recuerdo.

Sin embargo, el exilio había terminado... Tiempos sagrados aquellos.

Habrían de transcurrir muchos e inolvidables años. De esa manera crecí sintiendo amor por ese universo terrenal tan parecido a mis infantiles sueños.

La escuela

Amaneceres frescos aquellos aún en los veranos implacables. Con esa frescura —también propia de la edad— no bien llegada las siete y un poco más de la mañana, y de cada mañana, iniciábamos el recorrido de unas cuantas calles rumbo a la *20 de Noviembre*, escuela primaria que habré de guardarla conmigo hasta después de mi muerte.

Siempre limpio y peinado, con mis hermanas Oralia y Arnolia, caminaba con ganas y alegría siempre rebotantes para llegar a mi aula. Al hombro, y durante los primeros grados, se me veía un bolsón de lona tiesa o de mezclilla endurecida —de la más gruesa por aguantadora— con enseres escolares como cuadernos escasos, un juego geométrico casi nunca utilizado, lápices masticados, con el nombre de pila grabado con esmero, partidos en pedazos y sin goma de borrar —raramente más de dos, nunca nuevos— con las puntas de carbón largas y filosas producidas por aquella media *Gillette*

peligrosamente oxidada, que hacía generosamente las veces de sacapuntas moderno. No había más.

Algunas veces, en el bolsón de lona tiesa o de mezclilla endurecida, custodiaba celosamente alguna fruta de temporada para el recreo, siempre el ansiado recreo, el de las once; o la existencia de la mitad de un peso —allá por el tercer grado de primaria— para comprar la exquisita nieve de barquillo de *Don Paty* o la del *Negro*, o para adquirir un simple dulce. Esa era la aportación económica diaria e infalible de lunes a viernes, siempre y cuando fueran hábiles.

Mis maestros... En primaria tuve cuatro: Hilario, Humberto, Antero y Rosalía. De todos y para todos guardo amor especial e imperecedero. No sé si vivan o si alguno o todos se hayan muerto. De alguna manera, ellos sin saberlo, hoy lo pienso —y los recuerdo—, sembraron la simiente que el paso del tiempo y de los acontecimientos, harían germinar en mí la vocación duradera de ser maestro frente a grupo. Sí, frente a grupo. Única manera de saber lo que es el magisterio.

Fueron ellos —e indudablemente otros excelsos maestros— los que me provocaron ese exquisito e intercambiable sabor por este singular oficio.

En aquellos tiempos iniciales de seis años de estudios básicos, los primeros frente al mundo libre, fuera de casa, un poco más allá de los padres, espacios breves de vida que se vivieron profusamente, fui genuinamente feliz.

Fui niño pobre. Nunca descalzo ni desamparado. Siempre con amor de padres y hermanos. Con el estómago lleno. Mis ropas humildes —contadas las piezas con los dedos de una sola mano— pero limpias y oliendo al fresco de las mañanas tibias del viento acariciable y oloroso a olas espumosas del mar cercano.

Fui un niño, lo aseguro, con infancia feliz.

Mis compañeros de entonces, olvidados los más, otros muertos, unos cuantos apreciándonos y reconociéndonos hoy mutuamente aunque yo los vea muy de vez en cuando —como el compadre Ósmar o el Matagato—, fuimos cobijados por el mismo cielo, disfrutamos —a esa edad maravillosa— las mismas andanzas y recorrimos juntos las mismas calles y casas y parques y ríos y arroyos, espacios inacabables más grandes que como nos pintan el cosmos.

Como niño, o como cualquier niño de acá, de allá, de cualquier sitio del mundo, fueron tiempos y espacios que los hice míos para siempre...

Cierro mis ojos, y sin ser ingrato, poco recuerdo de mis compañeros de antaño. Con vaguedad, llegan a mi mente sucesos que ahora gozo. Los primeros amores, por ejemplo.

Tenía nueve años.

Huella en el amor

Nos vemos en el cine —¡Me dijo! En la matinée del domingo que viene. —¡Me buscas! Te estaré esperando...

No recuerdo qué día de la semana habrá sido... lunes, miércoles o jueves. Desde entonces, hasta después de la cita, anduve engarrotado, sin hambre, con vacíos en el estómago y siempre con ganas de ir al baño.

Mi mente solamente daba cabida a dos pensamientos: la espera ansiada del domingo por la mañana y un nombre, uno solo: Gladis, más conocida en el mundo escolar de la primaria —integrado por mis amigos y condiscípulos principiantes en los querer— con el mote de la Cinco Huesitos.

Su rostro, para mí —y pienso que para los otros rufianes también—, era perfilado, casi sin carnes, piel tersa y blanca —más a esos años— y labios seductores. Sus ojos se los veía traviesos, juguetones, oscuros, esperanzadores, deseando ella tenerlos más grandes para mirar más. Su rostro, entonces, sin equivocaciones, era bello.

Toda ella era flaca y pálida, sin rastros todavía de la mujer que llegaría a ser para beneplácito de otros. Era todo lo que mis ojos deseaban ver.

Nunca más, al paso de los años, la volvería a ver.

Cómo me acerqué a ella nunca lo he podido precisar. Recuerdo, eso sí, que varios compañeros como el Pancho Aguilar, querían robarle suspiros a ese corazón tierno y entelerido. Me moría de rabia y de celos. Pero ella a mí me había dicho —¡Nos vemos en el cine! Te estaré esperando.

Llegó el domingo. Llegaron las prisas de un baño concienzudo, con jabón de pan con olor hostigante, ropa recién planchada, y el permiso riguroso con el respectivo importe de la admisión después de mil intentos de convencimiento a mi padre. Y llegó la hora. Caminé con paso rápido, agitado y tembeque, como bumbo, las cuatro calles que separaban mi domicilio del sitio inolvidable de la cita: el *Cine de la Rosa*, único y desvencijado antro en servicio o a medio servir, rincón de tantos enamorados de aquel entonces, de encuentros furtivos en los pasillos en tinieblas, parejas semicubiertas por las cortinas gruesas de mugre de color marrón, escenario testigo de amoríos leales y desleales pese a los olores a orines que a todos ofendía.

Llegué tarde. Eso representó un problema. Entré al recinto y también entré a la negrura más espesa. Dando

tumbos y con los ojos a punto de salirse, de pronto me sentí jalado y al regresar mis ojos de donde casi se habían chispado, me vi al lado de la *Cinco Huesitos*... El lugar había estado reservado para mí.

Nunca hubo diálogo. La película, recién iniciada, mexicana, de vaqueros, *El Látigo Negro*, la vi sin verla en la más terrible de las inquietudes. Ella, en cambio, lo supongo, haciendo cálculos respecto al final de la cinta, momento que con exactitud, —recuerdo— cruzó sus brazos a mi cuello y posó sobre parte de mi cara sus labios abiertos con violencia, tal vez con fuego, más bien con salvajismo. Se levantó de súbito.

Me dejó los labios mojados.

Desde entonces tuve noches de vigilia. Me estremecí durante largas jornadas nocturnas echado sobre el catre donde solitario dormía, y sin poder contárselo a nadie, imaginándome y martirizándome sobre cómo procuraría un segundo paraíso.

Solamente el tiempo me daría la respuesta.
Poco recuerdo de ella.

Le agradezco que me haya hecho sentir el más feliz de los seres humanos en esa edad tierna e irrepetible.

Que Dios la haya bendito. Si no, todavía pido por ella.

Sangre extendida

Nació para sorpresa de todos recién pasada la navidad y el año nuevo. Yo tenía siete años. A la casa y al mundo llegaba el chunco, el menor y el último de los hermanos: Ricardo. El único y auténtico turulo, nacido en esa tierra santa. Con él arribó a nuestro espacio íntimo una sensación de amor compartido y jamás sentido. También la distribución equitativa de los cuidados del más tierno de los hermanos y de los pleitos por hacer propio el acercamiento perpetuo de ese minúsculo cuerpo, preciado y hasta entonces desconocido juguete de carne.

En el momento justo, no preciso la hora, nos enviaron a jugar —de lo que fuera— en el patio de la casa de don Cleofas en un enero apacible y de viento suave y acariciante. En uno de los cuartos, lóbrego, —y creo que sin respiraderos— y viendo entrar y salir a la gente encargada del suceso, después de las premuras y apuraciones naturales, se escuchó el llanto divino de alguien que se asomaba por la ventana bendita del cuerpo de su madre.

Así nació el nuevo amor de todos. Así vi extender la estirpe de mis padres.

No recuerdo el embarazo de mi madre por más esfuerzos que ahora hago. Nunca le he preguntado al respecto. Tampoco cómo jugué con mi hermano menor, cómo me enseñaron a quererlo, cómo empecé a verlo como mi propia sangre.

Lo único que sé es que, pese a mis modos de ser, siempre lo he amado. Cómo, sin procurarlo, ha formado parte de mí. No sé hasta dónde yo de él.

Me duele, sin embargo, las pocas oportunidades que me he brindado para decirle al oído y de cerca que lo amo, con un abrazo cálido y sin mayor esmero, sólo dándose, de esos que solo los hombres, entre los hombres, se dan en contadas ocasiones.

Deseo tanto expresarle que lo veo como una extensión viva de mi padre. Como el más auténtico de sus retratos. Que en él veo los ojos profundos, los gestos alegres o adustos del rostro trigueño, sus humores tiernos y reacios, y el caminar tan singular de don Belisario.

A veces quisiera hacerle comprender que forma parte indisoluble de mi vida pasada, presente y futura. Que muchas cosas que hago son de él. Que quisiera, sobre todo, que él me viera, y que sintiera que le correspondo.

Que él sintiera simplemente que es mío hasta después que yo, irremediabilmente, cierre para siempre mis ojos.

Él y yo, ambos, somos necios. Sé que él también se muere de las ganas de darme un beso de hermano. Ya llegará el momento. Lo sé.

El regalo esperado

Vivíamos la edad de merecer ilusiones, sueños creados por los adultos para hacer feliz a los niños, sin importar la pobreza. Vivíamos esos tiempos en los que se diluye con sutileza o brusquedad una verdad situada en espacios de fe, de creencias, de amor, de ilusiones y bondades de seres que, pensábamos, volaban o traspasaban paredes o corrales o puertas desvencijadas. En algunas casas, muy pocas, se les permitía una vez al año entrar con bombo y platillo, en secreto, por la chimenea cálida e imaginaria.

No recuerdo bien pero, tendríamos quizá ocho, nueve o diez años. O menos tal vez. Éramos tres, mis hermanas y yo. Tampoco recuerdo si ellas tenían juguetes. Creo que además de unos juegos de té, convivían con algunas muñecas de aquellas que para entonces tenían unas hilachas en lugar de los pelos completos; sin cejas, por supuesto; y con cuerpos de plástico rígido y barato y desnudeces perfectamente esculpidas. Sin zapatos.

Pero, al fin unas muñecas que imprimiéndoles fuerza e imaginación se sentaban y se acostaban y se dormían. Había veces en que las muñecas y mis hermanas sostenían serias, profundas e inacabables conversaciones.

Ellas, yo las veía, eran felices. Lo digo porque así se les notaba: brincaban, se reían, hacían los escasos trajes propios de esa edad y jugar sin cansancio con los juguetes que eran solamente dos y para ambas. Y luego, plácidamente, departían con sus ojos cerrados y la respiración tranquila de quien no tiene temores, a esa tierna edad, con las horas, largas horas hasta que el día nacía a sus horas cada día.

Yo también jugaba. Hacía mis propios juguetes. Disponía de todos los elementos para confeccionarlos. Ordinariamente hacía lo mismo siempre: armaba y desarmaba un carro con el que viajaba por todos lados acompañado de mis fantasías, ilusiones y sueños.

¡Ah!.. Recuerdo que los carros de antes eran más aguantadores que los de ahora. Los de hoy día, o son de un plástico endeble, o fueron hechos y funcionan con alta tecnología que solamente tardan el tiempo suficiente antes que el propietario lo descomponga y reciba una andanada de reproches de los compradores que aún adeudan el obsequio. Inclusive, antes se compraba al contado y en los comercios de las banquetas o en los de los mercados públicos. Hoy, las compras se hacen con plásticos bancarios o de crédito, a plazos largos, y en centros comerciales que para entonces habrían sido espacios difícilmente imaginados.

Los carros que yo fabricaba eran diferentes a los de los niños de ahora. Mis carros nunca se atascaban en la arena, en el lodo, de subida o de bajada. Tenían un motor tan fuerte como el ánimo de su dueño. No requerían de instrucciones bilingües, solamente de imaginación y arte infantil e ingenieril para colocar en su sitio las corcholatas que hacían las veces de llantas, en una estructura automotriz sólida de una lata de sardina, roja de óxido y con los olores eternos de su otrora contenido.

Éramos felices todos. Así jugábamos día tras día.

Los meses transcurrían hasta avecinarse la fecha en la que se elaboraban con discursos por demás pensados, cartas cargadas de esperanza y de inocencia. En verdad me falla la memoria. No recuerdo si las cartas eran para el Santa o para los Reyes.

Mis hermanas no lo sé, pero yo pedí fervorosamente un carrito de redilas, de plástico. Puse la carta en uno de mis dos únicos zapatos y me dormí antes de lo acostumbrado para que el milagro apareciera ante mis ojos temprano.

i... y apareció! Ignoro la hora que el milagro sucediera. No sé si fue durante la madrugada, o después de medio conciliado el sueño de esa noche impaciente y llena de esperanza. Pero el milagro ahí estaba. Lo cierto es que durante lapsos de vigilia, mis ojos casi dormidos vieron dos sombras. Dentro de la oscuridad de mis ojos cerra-

dos a la fuerza, y discretamente resolllando un sueño reparador, observé lo que parecían esbozos de una mujer y de un hombre. Abrí cuidadosamente uno de mis ojos, temeroso de ver aquellos seres que viajaban sin pisar el suelo, y que cruzaban paredes o, mejor aún, entraban a las casas por las chimeneas sin mancharse de tizne. ¡Tuve que abrir ambos ojos..!

Cobraron forma. Y tenían nombre y tenían apellidos: eran mi padre y mi madre.

No se dieron cuenta que la magia y la creencia y la inocencia infantil habían llegado a su término. Lo supieron después, incluso el hecho se convirtió en tema recurrente de conversación familiar.

Recién los personajes esperados y siniestros se fueron, me levanté, nos levantamos todos los hermanos. Con euforia buscamos, yo el carrito de redilas, mis hermanas lo suyo. En cada zapato, en el mío, del único par que yo tenía, había una pequeña caja de galletas de esas que arriba traen malvaviscos y unas bolitas dulces.

No me dolió el incumplimiento de los sueños. No me importó haber procurado portarme bien durante todo el año. Entendí que no había para más, y aprendí que en medio de las vicisitudes y las carencias qué fácil es otorgar felicidad.

Abrí mi regalo. Casi al tiempo de que el suceso se convirtiera en pasado, mi estómago me indicaba que estaba a punto de morir empachado.

Hombrías

La libertad me fue mostrada y construida libre como el pensamiento dentro de mi corazón, y se me anidó en esa parte donde se cultiva, se vive y se goza la responsabilidad plena de los hombres de bien.

Ignoro cómo la libertad fue concebida en la mente, principalmente de mi padre. Desconozco cómo, desde su vivir empírico —sin escuela y sin maestros y casi, al principio, sin amigos— revisó la historia escrita a lo largo de sus propias huellas de su propio caminar, y cómo sabiamente imbuyó en mí desde la tierna edad de once años, la facultad para que yo decidiera en todo, incluso para iniciar las hombrías propias del ser masculino.

Tuve, en consecuencia, la posibilidad de vivir responsable o irresponsablemente. Solamente una advertencia medió entre la actuación en un sentido o en otro.

Una mañana se acercó mi padre y simple y llanamente me dijo:

“Mira hijo: ésta es la llave de la puerta que da a la calle. ¡Tómala! Úsala como tú quieras. — Gracias, le dije.

Pero ¡Escúchame bien! Si algún día decides echarte unos tragos, solamente llegas a la casa y te acuestas y te duermes. Al primer escándalo a tus hermanas, a tu hermano, a tu madre o a mí, y te suelto un garrotazo...

— Sí papá, le dije. Gracias.

¡Ah! Y otra cosa antes que se me olvide: ¡Cuando quieras tomarte y gozar una cerveza, acuérdate que acá está tu padre!”.

Recuerdo cada palabra suya. Me emociona la simpleza de la enseñanza a sus burdos modos. Compruebo la efectividad del aprendizaje al paso de mis últimos treinta y ocho años.

Desde entonces, nunca oculté la sed o la chuchería de probar una cerveza o de beber un trago. Desde ese día, nadie como mi padre para acompañarme —siempre en casa— a departir una bebida. Él siempre hablándome, yo escuchándole atento, como bebiendo su ansia por vivir conmigo y su sabiduría de la vida vivida. Qué gratas eran aquellas peleas de box en nuestro televisor de blanco y negro, con imágenes borrosas, en la sala de la casa, en la noche de los sábados, siempre puntual, con un destapador a la mano y un cartón de cervezas frías, de cuartito, para ambos.

Después de muerto mi padre, incomparable amigo, cómo se me antoja repetir esa parte de aquellos tiem-

pos, rémoras dulces que se vuelven amargas por el dolor de las ausencias obligadas.

¡Salud, don Beli! Apúrese que ya vienen las otras.

Nunca fueron borracheras. Solamente gusto irrepetible de disfrutarnos ambos. A casi veinticuatro años de muerto, nada calma la sed y el gusto por una cerveza de aquellas.

¡Salud, Don Beli!

Entre once y trece

Eran tiempos entre la pubertad y la adolescencia. Allá entre los once y los trece años, con los rostros siempre sudorosos, grasientos, con protuberancias propias de la edad y cabellos envaselinados. A esa edad, y ese ímpetu te hace ser dueño de los sueños, de los primeros amores, de ese sentimiento absurdo que te hace sentir el ilusorio desamor de tus padres. Durante esa edad te confundes mirando tu desfigurada imagen en las mansas aguas después de arrojarle un pedazo de tu corazón herido.

Éramos varios. Los de la pandilla con sentimientos nunca malos: Calín, Ramón, Osmar, *Matagato*, *El Tiburón*, Jairo y su primo Pedro y otros, quienes, como en una aventura, caminábamos con paso firme y sin cansancio hacia la *Piedra de Sal* —remanso exquisito del río *Zanatenco*, camino hacia arriba— preferida para los clavados, la convivencia y el relato de experiencias imaginadas de las primeras mujeres, siempre expresadas con el fervor de las verdades de aquellos imaginarios.

Ahí aprendimos y reconocimos a la naturaleza y a la frescura de una agua cristalina para calmar el calor de aquellos cuerpos en una adolescencia fervorosa.

En ese mundo siempre preñado de verde esperanzador y azul de agua y cielo, fuimos amigos inseparables. Desde ahí construimos ideas que al paso de los años se convertirían en sucesos reales para todos: algunos alegres, o tristes; los más, ajenos.

Cada uno de los amigos fraternos tenía una línea del tiempo diferente. Cada quien su propia historia, honesta, limpia, motivo de orgullo. Los había de origen pobre, muy pobre, de los de comer una sola vez al día, y buscar invitaciones en platos frugales vecinos; otros, un poco más pudientes. Pero todos, sintiéndose justamente iguales.

La ida al río se convirtió en el pretexto esperado de los sábados y domingos. La verdadera razón era el regreso, el paso obligado, por el puente, hacia la casa desvencijada, pobre, de la *Tía Docha*, la más experta en la sazón de una exquisita jaiba en chilpachole, la mejor de sus botanas en ese espacio, remedo de cantina, con anuncio irónico y por nadie creído de *ambiente familiar*.

Así supimos lo que era conjuntar, con seriedad y disciplina, los esfuerzos económicos para completar la compra de las primeras *caguamas*, sin importar la marca. Así bebimos nuestras primeras cervezas, acuclillados con el mentón casi entre las piernas, a la orilla del río, en espera, algunos, de concluir el bendito líquido; otros,

de hacerse pasar la virtual borrachera de unos cuantos y de los primeros y nada inocentes tragos.

Creo que todos nos hicimos, sin notarlo entonces, responsables de nuestros actos. Nunca hubo desmanes. Sólo encuentros cálidos y búsqueda permanente de cariño entre aquellos amigos. Pienso que se tradujo en capacidad para dar amor simplemente a todos.

Hoy día, casi no nos vemos. Injusta la vida. Injustos nosotros mismos.

Fiestas aquellas

Son las dos de la tarde. Los invitados impuntuales llegan a la casa del *Compadre Tavo* y de la *Comadre Flor*. Saludan a los pocos, que como mis padres, llegaron justamente a la hora convocada. La marimba ha comenzado a devengar los trescientos pesos la hora, mitad música y descanso el resto del tiempo.

En la casa de los compadres existen áreas perfectamente delimitadas para aquella fiesta, y todas las fiestas, y grupos de gente dedicada cada quien a sus específicas responsabilidades. Las hay, por ejemplo, las damas invitadas —y la dueña de la casa, por supuesto— bien vestidas y frescas y empolvadas desde las orejas hasta sus ojos contentos, dedicadas a las fritangas, a la hechura del camarón con tomate y cebolla y chiles verdes, la patita envinagrada, la costillita de puerco, sendas botanas, y la destapada de los apastes con exquisita barbacoa preparada desde un día antes en el horno donde se hace pan.

Por otro lado, los ayudantes de las hieleras repletas de *Carta Blanca* de a cuarto, de moda en aquellos tiem-

pos, y harto hielo. ¡Pobres de aquellos que por un descuido las bebidas se quedaran a medio enfriar! La fórmula sigue siendo una barra entera de hielo, en trozos medianos, y agua, la suficiente agua en la hielera, que al término de escasos minutos los convidados disfrutaran de una cerveza lo suficientemente fría.

Hombres y mujeres, de inicio, buscan sus propios espacios donde acomodarse. La *hombrada*, haciendo rueda, se aglomera y platica los sucesos de los días de la semana y los cuentos blancos y colorados de siempre que de memoria se saben. Siempre se ríen de lo mismo y a veces hasta con mayor intensidad.

La *mujerada*, con un poco de más moderación, charlan de platillos o chismes de la cuadra donde cada quien vive. Se ponen al día y unen información de ese vasto territorio. Se disfrutan desde las generalidades hasta las más discretas intimidades.

Cervezas van y vienen. Las botanas se consumen y se da cuenta inmediata y hambrientamente de la barbacoa de pollo o de res, con tanto esfuerzo elaborada. El tono de las voces de mujeres y hombres se hace estridente, y la música cambia del estilo de marimba orquesta a música exclusivamente de marimba. Exquisita. Suave.

Es el momento más bello de las fiestas de ese pueblo. Son los sucesos que al paso de los años —como rocío de los amaneceres de siempre—, los conservo frescos.

Con caballerosidad, cada hombre —a la distancia y con un discreto aviso— invita a su mujer al baile. Así

veo a mis padres —y a los demás compadres— bailar cadenciosamente casi sin mirarse, casi mudos, como ajenos uno del otro. Cada paso es exacto, con el estilo propio de cada quien, con formalidad, respeto, con gozo callado. Se les ve en un abrazo que lo dice todo. Se mueven al ritmo de la música y de los sentimientos anidados en sus corazones.

Pienso ahora y lo he pensado desde aquellos años irrepetibles— que bien debe valer la pena trabajar toda la semana incesantemente a cambio de compases musicales que, en sus propios momentos, y después del paso del tiempo de hace casi cincuenta años, aún confortan esa parte del alma en donde se anida el amor; también el vivir esos días intensos para disfrutar el encuentro de los compadres, momentos siempre francos, de diálogo abierto con conocimiento y reconocimiento de esa fraternidad costeña; pero ante todo, la espera ilusionada, sin decirlo, de la culminación de la fiesta, en donde cada pareja, supongo, tomados de la mano, y en la cama, se duermen apaciblemente, sudando todavía, después de un beso.

Compás de amor

No importaba el calor del medio día, ni los estragos de una abundante comida. Motivaba más bien el deseo de departir al fragor de unas cervezas y de unas copas. El ambiente se caldeaba más por la multitud que se arremolinaba en la sala, el corredor, o cualquier sitio de la casa dispuesto como área para la fiesta y el baile.

Era hermoso ver la disposición y el orden en que cada hombre buscaba con la vista a su mujer, hasta encontrarla en el espacio adecuado para degustar la música y su compañía.

Ordinariamente era una melodía que al suave sonido de la madera al ser golpeada con maestría, brotaban motivos suficientes y evocaciones para acercar las manos y entrecruzar los dedos y pegar las palmas, y juntar los cuerpos cargados de años.

Así iniciaban el vaivén comenzando siempre el hombre con su pierna derecha y, la mujer, a la espera del momento exacto para hacer derroche de sus facultades corporales-musicales.

Era común ver, a excepción de los tiempos de ahora, como sin perder el compás de la melodía, la mujer dejara reposar cualquiera de sus mejillas en el hombro o en el pecho de su hombre. Me era familiar, entonces, ver a aquella pareja sublime que jamás pude ver de nuevo después de aquellos irrepitibles momentos, motivo de estas líneas.

Las parejas, las miraba, deleitándose con el roce que producen las emociones de los cuerpos en un baile preferido. La chamacada haciendo alardes de equilibristas en locas carreras entre los danzantes. Y así era siempre. Tapándose los oídos podía observarse una escena de locos en donde cada quien gozaba su propia locura.

Antes de todo esto, se corrían las convocatorias y recordatorios necesarios para hacerse presente en la celebración de un cumpleaños, un bautizo, una fecha especial, un acontecimiento selecto, o el mero gusto de juntarse con los compadres y las comadres, los familiares, o amigos simplemente.

A eso de la una de la tarde se disponía el aseo corporal, y luego se ceñían las prendas previamente planchadas en un acto riguroso de pulcritud y sobriedad. En aquellos tiempos la mujer se calzaba modelos confeccionados en terlenca o chifón, o confecciones con otras tantas telas que no recuerdo, pero todas usaban vestidos nuevos y elaborados por la modista preferida de la cuadra. Aun después del baño, los cuerpos sudaban mientras se aplicaban aquellos indicios de maquillaje

discreto: un poco de labial y mejillas encendidas por un polvo que poco perduraba en su sitio y su propósito. Debía agregarse las medias que posibilitaban la postura de zapatos preferentemente nuevos y de tacón bajo. Claro, al final, el perfume preferido o el uso del único frasco disponible. Recuerdo que mi madre usaba Chanel Número 5, del bueno, regalo de mi padre.

El hombre, en cambio, usaba formal pantalón de ca-simir o buen dril, casi siempre hecho en la sastrería de don Víctor, invariablemente confeccionado en un solo modelo que incluía valenciana y sendos pliegues que daban un toque de refinamiento. La camisa, guayabera de mangas largas y no siempre playera o camiseta de-bajo. Rara vez perfume, por lo menos con quienes com-probé este rito. A veces el pantalón negro y cinturón café, y calcetines de un color que nada tenía que ver con el color del resto del atuendo. Aún así, mujer y hombre se veían siempre distinguidos y guapos.

La puntualidad era característica de la mayoría. Algunas veces los que no llegaban y eran esperados, se iba por ellos a sus casas. Si la pareja estaba distanciada por un pleito cotidiano, los contentaban y los emperi-follaban y listo.

Y así, entonces, se reunían cada sábado o domingo. Fieles a sus tradiciones y amistad hecha ley, se rotaban las oportunidades de las anfitrionías.

¿Diferencias entre ellos? ¡Claro que había! Pero antes o después de las fiestas, o durante, siempre inteli-

gentes, escudriñaban en las oquedades del infortunado momento hasta buscar la palabra y el acto adecuados de resarcimiento.

¡Qué felices eran! Yo lo sé...

Comenzaban a ejecutar los marimberos de la Marimba Orquesta de los Peña Ríos, o cualquiera otra de las marimbas de entonces, como la de los Meda, la del señor Tejada, melodías perfectas en las postrimerías de la fiesta. Era el momento propicio para delinear bosquejos poéticos.

Para ese instante, los rostros de ambos sexos lucían diferentes que dos o tres horas antes. Ahora se les veía brillosos y aceitosos, con un mechón de pelo ligeramente en la frente, para los de pelo lacio, o en su sitio los de cabello colucho. La mirada tenía ese toque característico que pareciera que todo lo ven bien, pero que los ojos turbios empiezan a ver con estragos de dobleces.

Las palabras con sonoridad estridente, en temas irrepitibles del trabajo, del hogar, de los hijos, de los chismes, de la cotidianidad repetida semana tras semana, pero siempre atentos de la plática del hablante en turno. Uno que otro con la voz quebrada y los ojos cuajados de llanto por el recuerdo de un pasaje lastimoso.

—*¿Van a ir con nosotros o se van a quedar en la casa?* Preguntaba siempre mi padre a los hermanos antes de cada fiesta. —*¡No papi, no queremos ir!* —*¡Clari* —decía enton-

ces aunque mi madre ya supiera qué hacer— *dáles de comer a los chamacos antes de irnos!* Así era siempre.

En caso que decidiéramos ir, de cualquier manera nos llevaban con el estómago lleno. *¡No hay nada más jodido que un niño aguante hambre, mientras los adultos comen su trago!* —Decía mi padre. Lo complicado o más afanoso era la disposición de la ropa de los cuatro hijos. Porque eso sí, íbamos tan guapos como los invitados grandes.

Me encantaba ver, y ahora lo digo con total convencimiento, como doña Clara y don Beli se aprestaban al baile; cómo se miraban —como antes dije— en ese contubernio sabido para levantarse y encontrarse en la pista y disponerse al primer acorde marimbístico.

Mi padre bailaba señorial, como auténtico turulo, con el cuerpo espigado, el brazo derecho firmemente asido al cuerpo de doña Clara, y el codo de su brazo izquierdo casi en un ángulo perfecto de noventa grados en relación con el hombro femenino. Mi madre, de menos estatura que su pareja, serenamente se dejaba conducir y bailaba por momentos con los ojos cerrados. Parecía que mientras tanto dibujaba esbozos de bellos recuerdos de amor. Yo sé que cuando jóvenes bailaban con frecuencia. Por lo menos para mi padre bailar representaba uno de sus mayores gustos. Por eso disfrutaban tanto de las últimas tandas del contrato con los músicos. Por eso era el momento que había que ver hasta enraizarlos en el cerebro y en el lugar de los lípidos sucesos.

Cesaba la música no sin antes tocar la ñapa rigurosa. Luego, mientras se disponían en su sitio los enseres musicales, se daba lugar a las largas despedidas por etapas. Iniciaban en un punto de la casa hasta reiterar las buenas voluntades en la calle. La mayoría de las veces, por no decir que todas, un gran número de parejas se acompañaban abrazados —para evitar sarandearse— caminando por las calles de aquel Tonalá irrepensible, hasta ir entregando las parejas en sus respectivas casas. Por supuesto, el problema era para la última pareja.

Recuerdo bien que, en una ocasión, los compadres abrazados, y por supuesto con sus copas, le dice don Eliseo Cueto a mi padre: —*¡Agárreme, compadre, porque ya no puedo!* Y mi padre le contesta: —*Y a mí, ¿quién me agarra?*

Así retornaban a casa mis padres ordinariamente al filo de las nueve de la noche. Con unas copas, alegres y dispuestos al día siguiente a hacer remembranzas del guateque, se dormían de cerca y se entregaban a un dulce sueño.

La boda

Hay acontecimientos que tocan las fibras de los recuerdos al largo paso del tiempo. Los hay otros que difícilmente se anidan en la memoria por inverosímiles o funestos.

Este suceso lo revivo de un día inexacto recordado de un febrero de hace veintitantos años...

Un tumulto de invitados en una de las celebraciones más hermosas de toda esa costa chiapaneca, incluso un poco o un mucho más allá de esa tierra singular, expresaba sus cariños por los recién desposados. La novia, con la misma sangre y apellidos que los míos; y el novio, Noble por el apellido de su padre.

Era grato, y más visto con los ojos cerrados ahora en un parir de bellos recuerdos, ver la moda de aquellos tiempos. Desde las *damas* que hacen valla a la novia con sus trajes nuevos y largos, blancos o escandalosamente rosados; rostros maquillados en *salones de belleza*, o embaurnes domésticos, escurriéndoseles por la temperatura tortuosa; hasta los invitados —amigos y extraños— vis-

tiendo ropas nuevas o aquellas de poco uso con fuerte olor por el largo tiempo de celosa custodia en un ropero, en un baúl o bajo la cama de alambres y fierros.

Hasta los niños, caminando o en brazos de sus madres, inocentes o ignorantes, estrenan ajuares en acontecimientos bullangueros como la boda a la que me refiero. Los zapatos, por ejemplo, nuevos, por única vez relucientes, se amoldan al pie del propietario —niño o incluso viejo—, más después de la ofrenda rigurosa, característica y obligada caminata pública, desde la iglesia hasta el domicilio de la fiesta, en compañía del pueblo entero.

Me veo en los mismos espacios escénicos... Con la hermana mayor, ambos, con el pecho orgulloso y resaltado, mirando de frente, sujetando el lazo matrimonial firmemente entrelazando a los recién casados, caminando con paso lento, casi a ritmo de vals, —hermosa música, ridícula en esos acontecimientos—, sudando a chorros, sabedores de las miradas de la concurrencia pública y también de la sabrosa crítica.

Veo las fotos y quisiera ver aquellos modelos de vestidos ridículos vistiendo a la sociedad de ahora.

La novia, de blanco puro, de cuerpo realmente envidiable por muchas casaderas; vestido largo de encajes y satines con una inmensa cola sujetada a la cintura de medida exacta con base en parámetros internacionales absurdos. El velo, descubierto durante la ceremonia,

que no impide ver un rostro sudoroso y con felicidad plena. Las zapatillas, forradas de la misma tela del vestido, nuevas —por supuesto— calzadas por pies que reclaman compasión desde antes de irse, en coche adornado ex profeso, a la iglesia.

El novio, con gesto espantado por ser oriundo de otro pueblo, enfundado en un traje gris, de solapas inmensas y botones nacarados —último grito de la moda de la capital del Estado— y corbata tan ancha y corta que cualquier intento de nudo ortodoxo se convierte en intento nulo, sometido —a veces pienso que cruelmente— a las costumbres ajenas.

Es obligación, por supuesto, no quitarse ninguna prenda hasta concluida la fiesta. Pienso que todo este sufrir se soporta —no encuentro otra razón— como acto previo a la rigurosa y ansiada entrega de dos cuerpos y corazones ilusionados por el amor.

¿La vida futura? Ya habrá tiempo para pensar en ella.

Así se transitan las calles que a veces son cubiertas de incienso y juncia para un caminar más solemne. Durante ese tiempo, retumban los acordes y los compases de una tambora, un saxofón, un cornetín y una batería a medias, *música de viento* ejecutando *El Zopilote Mojado* —pieza obligada para acompañar a los novios— interpretada por músicos que habrán, necesariamente, de incorporarse como invitados.

Todo, gente y música, se traducen en una proclamación y celebración de la unión de dos seres que juran amarse para siempre, que juran compartir alegrías y dolores, salud y enfermedad, respeto y fidelidad eterna.

¡Vaya! ¡Qué bien se oyó eso!

Al día siguiente, después de los días de fiesta maratónica, todo mundo camina de nuevo las mismas calles, con el rostro abotagado de tanto disfrute, preparándose anímicamente para la próxima boda.

Las ropas, más la de las damas que la de los caballeros, en silencio, se ven de pronto en los mismos sitios de soledad del ropero, del baúl o debajo de la cama de resortes y de fierros. Les acompaña una o dos, o más *neftalinas*, y un olor azufroso y ofensivo por el sudor acumulado de tantas ceremonias como ésta.

El mar, entonces obligado

Lo bueno es que solamente eran dos días, difícilmente tres, tiempo que bastaba y sobraba para regresar hartos y no pensar en volver hasta un año después.

Desde el lunes, y con más intensidad de miércoles a viernes, una avalancha de gente se posesionaba de las hermosas playas del mar de Puerto Arista. La inmensa mayoría era de clase media —no importaba si baja o alta en esa categoría— que se amarraba las tripas durante meses para que, en tres días, gozaran y se frieran la piel solos o con la familia.

La verdadera fiesta, incluso el remunerador negocio redondo de los comerciantes era, quizá, desde el viernes; con toda seguridad sábado y domingo, con la gente nativa. Eran sus días. Gozaban su playa y su mar.

No bien comenzaba el día, de aquellos días, y eran como parvadas las que llegaban al Puerto, unos en coche, los más en el democrático autobús rojo y destartado —el de don Chahua, un pelo meco que quiso ser mi

cuñado—, en el que corrías el riesgo de salir por todos lados, incluso por la puerta; y otros, como mi familia, trepados en un inmenso camión de carga de muchas toneladas del tío Juan Pablo, hermano mayor de mi padre que vivía en Chiapa de Corzo, escasamente visto por nuestros ojos durante la vida.

Siempre me negaba —la mayoría de las veces con voz queda, casi inaudible, por temor a la reprimenda— y creo que también mis hermanas, a acompañar a mis padres, y a los tíos, a los primos, y a los invitados de los invitados, que llegaban de lejos, o de cerca —qué importaba—, a disfrutar aquellos días de Semana Santa en la playa.

Era vil ver sufrir a la chamacada, y los padres, los tíos, la gente grande, ¡ni en cuenta!

¿Qué importaba para los adultos? ¿El mar?... No, tampoco el espectáculo de la belleza inigualable de un crepúsculo o de un amanecer; menos el deseo de un chapuzón. Importaba hacer la rueda, inmensa mesa con sillas enterradas en la arena humedecida para provocar frescura, por lo menos a los pies, y tal vez —sin llevar la cuenta— acumular cartones y cartones de cerveza, y de fondo musical la marimba La Virreinal de don Hugo Reyes, quien su único trabajo arduo era dar la entrada a sus músicos y dirigir casi con sabiduría de conservatorio el término de cada pieza musical. El lapso entre faena y faena, era un invitado que se agregaba a las comandas de las demás mesas, ordinariamente en el restaurante El Dulcito.

Los hijos, reprimidos y viviendo los últimos días vacacionales casi bajo amenaza para no molestar a los viejos, o se aguantaban el hambre entre zambullida y zambullida en el agua o en la arena, o la hermana mayor preparaba sendos sándwiches con queso y crema de los Gómez, los de la Colonia Evolución, que provocaba que al concluir el primer día, cada comensal infantil o juvenil sufriera de espasmos por empacho o disentería.

Y los padres, y los tíos, y la gente grande,
ini en cuenta!

Odiaba todo aquello. Lo que ansiaba era el esperado regreso los domingos por la tarde o bien llegada las primeras oscuridades de esa noche, donde en casa de alguien se consumían las últimas horas y los últimos tragos de la Semana Santa.

Al paso de muchas noches, lejos de aquellos días y lejos aún más de aquellas palapas y del mar, mis ojos reclaman por voltear la vista hacia los sucesos que jamás volverán.

Hoy lo sé... Qué padres los míos. Qué amigos tan singulares de mis padres, incluidos ellos.

Hoy lo sé... Hoy quisiera tener un hálito de vida y de oportunidad como la tuvieron ellos.

¡Cómo me gustaría estar en el mar! Quizá un viernes. No. Mejor el sábado y el domingo sin importar el año, pero en aquellas fechas en que Cristo resucitó. Nunca más volví a vivir aquellos días. Nunca más.

El morir

La misma expresión de la alegría se da en las expresiones de dolor. Si el vivo muere de pronto, en la intimidad de las horas de la madrugada, no tendrá mucho tiempo de soledad ni de disfrutar el inicio de su viaje sin retorno.

Poco le durará ese gusto. En un tiempo por demás breve llegan todos: los compadres, conocidos y amigos, con botellas de licor y cigarros y un billete de diversa denominación para el principal doliente; las comadres, conocidas y amigas, enlutadas, con ánimo para el trajín de la comida, el reacomodo permanente de las coronas luctuosas y las flores, las velas y veladoras, la rezada rápida y siempre ininteligible y el llanto intermitente que acompaña a las lágrimas y al dolor de la viuda o del viudo reciente o de los que habrán de vivir en la orfandad eterna.

Son días de fiesta. Así fue cuando murió mi padre, aun cuando empezó a morir en Tonalá y terminó muriéndose donde tal vez nunca fueron sus deseos.

En la calle, como tertulia de octubre, se acomodan los manteles —siempre dispuestos quien sabe cómo, de quién y de dónde— sobre las mesas para que los dados del cubilete rueden con facilidad o se distribuyan con soltura los naipes en un buen póquer u otras suertes. Se juega dinero, poco dinero, solamente para darle sabor al encuentro; se cuentan chistes, se platican chismes, se mira a la mujer de otro. De vez en cuando, algún despistado hace rémoras y resbala una lágrima por sus duras mejillas, en memoria del difunto. Con las barajas entre sus dedos o el cubilete, sin perder concentración, para él exclama: —¡Ah, mi compadre... ahora sí se lo cargó la chingada...!

¿Qué pensará el muerto? Con tanta alegría a su alrededor debe encabronarse por no participar. Debe sentir —si es que siente— que se muere de verdad y de nuevo.

Después de ocho días, la euforia por fin se hace menos. Los cirios y las veladoras chisporrotean lo que de cera les queda. Las rezadoras de las tardes se hacen cada día menos, salvo la última tarde que, por los tamales, los de la novena, hasta invitados llevan. Las flores, con su tufo rancio por el paso de las horas del destierro obligado, evidencian que alguien murió. La viuda o el viudo, o los huérfanos, deambulan por la casa que durante esos días se ha mantenido sucia, a medio barrer, terregosa, con olor a vientos de recuerdos, a muerte.

Todo el mundo da consejos. De alguna manera, cada amigo cercano o lejano, a su manera, habrá de estar pen-

diente de los deudos. Sin embargo, como vida que es, los mismos compadres, menos el muerto y por un tiempo escaso su adolorida pareja —quizá los hijos con las nuerras y los yernos— se estarán preparando para la fiesta del sábado en casa de alguien, en donde, con euforia por las copas y la marimba nunca ausente, habrán de regarle recuerdos a la memoria recién extinguida.

Las chocolateras

Llegan casi por sorpresa. Se buscan con criterio altamente selectivo. Las hay jóvenes, solteras o casadas, señoras y viejecitas, siempre mujeres. Todas, por los menos, con dos características: alegres a morir y aguantadoras con prestigio sobrado y reconocido para los tragos.

Siempre actúan infaliblemente un día antes de un bautizo, una boda, la festividad de un amigo, de los compadres, o de alguien simplemente conocido. Son un ejército que con alto grado disciplinario, acuden a la cita puntual con no más de dos horas de tiempo para el encuentro socio-etílico.

Durante ese lapso, por demás breve, en tanto que las señoras visitantes —frescas por el reciente baño y olorosas a talco de niño— entregan a la anfitriona del acontecimiento las ofrendas —chocolate, pan y otros cariños— hermosamente adornadas con papel china recortado con arte y en colores varios. Rigurosamente, el marido y ayudantes previamente contratados, deben

iniciar el servicio con esmero sistemático y uniformemente acelerado de las cervezas frías como las entrañas de un muerto, y empezar con las tandas de licor —una tras otra— servidas con una sola copa y sin distinción ni consideración de nadie y para nadie.

He llegado a pensar que éste es un rito salvaje.

Se bebe sin tener derecho a la náusea. Se baila hasta que el tacón y las canillas reclaman sin que el dueño haga caso. Al término de ese corto y a la vez eterno tiempo y con denuedo cumplida la tarea, se despiden con efusividad y palabras dichas con enorme esfuerzo, salen de la casa, y abrazadas a lo ancho de la calle, una a una van depositándose en sus respectivos hogares en donde el marido las recibe resignado y acostumbrado.

El pueblo las ve. Nadie las critica. Solamente dicen: —¡Ahí van las chocolateras! Como siempre —y en un típico lenguaje costeño expresan— ¡Van hasta la madre!

¿Dónde irá a ser la fiesta mañana?
—Adiós compadrito. —Adiós comadre,
que le vaya bien.

En la casa anfitriona el marido levanta y limpia todo. La esposa no sabrá de ella hasta el día de mañana.

Dulces sueños.

Barrio añorado

En familia y durante cada tarde era común ver a la gente sentada en sus respectivas banquetas. No dudo que en otras poblaciones esta costumbre sea similar, pero en este pueblo turulo, esta cita es singularmente excepcional, por lo menos durante aquellos tiempos memoriales.

Todo se tiene cotidianamente preparado. Desde las sillas o las mecedoras o simplemente sentados a la banqueta; algunas naranjas o cualquier chuchería, son dispuestas para la charla que empieza por la tarde y concluye, a veces, hasta el principio de la madrugada. Luego todo mundo se entrega al sueño placentero.

Recuerdo estos episodios porque en éstos encontré momentos que, recordados hoy, se convierten en más que un antojo para vivirlos de nuevo. Papá, mamá, hermanos, amigos se reúnen —para mí lo más significativo— sin invitación todos los días. Mientras los viejos platican, los niños juegan a los encantados, al bote, al

tejo, al mudo ciego y paralítico, a las canicas, al trompo o a juegos de azar diversos.

Sin notarlo, también se juega a consolidar los amores entre la familia, a hacerse de amigos de la calle donde se vive, del barrio, de la búsqueda de las chicas más guapas, de las pláticas de nada pero expresadas con tanta efusividad. Se saborea el chisme; se conoce de la enfermedad y muerte de algún desconocido; se construyen proyectos; se planean las fiestas que de cualquier manera habrán de realizarse. Se vive la vida. Simplemente eso: la vida.

¡Cómo ha cambiado todo esto! Habría que ver cómo se vive ahora.

Vuelo hacia los sueños

Fue el inicio entre estar con los míos y regresar de vez en cuando. Tenía catorce años, casi quince. Abordé, junto con mi compañera de siempre, mi gemela, el autobús de las cinco de la mañana. A esas horas, en un casi amanecer de enero, emprendía la aventura de los estudios superiores. Partía de aquella tierra en la que nunca más habría de vivir permanentemente.

En silencio, desde el domingo anterior a ese lunes, hice la única maleta en donde llevaba todos mis enseres. Bastó una pequeña caja de cartón. En ella, con cuidado, deposité mis escasas prendas reducidas a un pantalón de dacrón —más el que llevaba puesto— y dos o tres chazarillas confeccionadas por mi madre con sus pocos saberes de la moda de esos años. Calcetines sin resortes que habían sido de mi padre... y nada más.

Mis zapatos, viejos, únicos, que llevaba puestos, conducían mis pasos sin retorno a una vida deseada por los míos. Nunca lo dije, pero sentía miedo. Por mis años, podría hoy decir que, era casi un niño, sediento

de las caricias de la madre que se esfumarían por los espacios de la distancia y del tiempo.

Nunca me he arrepentido de esas primeras horas de aquella mañana; tampoco de la decisión de mis viejos en hacerme hombre de bien.

En ese espacio íntimo, el de la casa, quedaba todo.

Durante el viaje de cinco horas, recordé los días de juegos infantiles de mis primeros años, las travesuras y los pleitos entre hermanos, las reuniones diarias de las comidas en familia siempre a la misma hora, los sinsabores y alegrías propias del caminar de esa familia, los momentos inolvidables desde aquel septiembre de mil novecientos cincuenta y ocho hasta el día de aquella partida quejumbrosa para mi espíritu.

Dejé todo. A mis padres, a dos de mis hermanos. Dejé amigos que jamás volví a ver. Abandoné novias, ex novias y prospectos de romances en puerta. Recluí al tiempo las playas de ese mar inolvidable, del caminar en aquellas calles en los siempre veranos, inviernos, primaveras y otoños calurosos.

Viajaba en silencio. Sin notarlo, sentí que de mi rostro, con timidez, resbalaban las primeras lágrimas. Luego vendrían otras, de alegría, de tristezas, de desamor, de preocupación, de fe.

Nunca regresé y viví como antes. Siempre lo hice en espacios breves, vacacionales. Sin embargo, dejé ente-

rradas profundamente mis raíces como hijo adoptivo de aquél entrañable suelo.

Me gustaría morir entre aquella gente. Me encantaría que mis restos se confundieran con la brisa tibia y las olas del mar. Y que todos gozaran, sin saberlo, de esas mansas y, a veces, embravecidas aguas.

Regresos, de vez en cuando

Cuando regresaba durante aquellos períodos breves, los gozaba como nunca. Eran momentos de masticar recuerdos. Me paseaba por el patio de la casa. Sacaba agua de aquel pozo que siempre nos brindó manantial cristalino inacabable, remedio infalible para la sed de vivir.

Era un siempre arrancar de cada espacio las energías dejadas en su momento; era volver a vivir cada suceso, era caminar de nuevo, como fantasma transparente y visto por todos, en cada calle, en cada sitio irreplicable; era respirar hasta cansarme cada minuto de los años idos.

Era ser, de nueva cuenta, el que siempre quise ser.

Ese gravitar de la memoria invitaba, a cada instante, a ir al baile de antes. Visitar los mismos espacios ocupados por aquellas damas hermosas a la expectativa del esperado danzante. En mudo lenguaje, invitar al baile de nuevo y bailar, bailar y bailar, con ritmo candente,

pasos recalcitrantes, hasta que el abrumador cansancio obligara al descanso esperado.

Gozaba cada minuto de esparcimiento entre los míos. Eran, quizá, fines de semana simples, o días feriados. Visitaba a los amigos de los amigos de mis padres, o míos. Comía en una casa y en otra casi a la misma hora. Todo era felicidad y recuerdos. Era un peregrinar constante en cada visita. Era, simplemente eso.

Pero se acabó. Duró hasta que la muerte de mi padre llegó en junio de un año que ni acordarme quiero. Pero llegó. Y a mí me llegó la tristeza —como maldita tiri-cia— que al paso de los tiempos la cargo conmigo.

A mis años, hace poco, visité casualmente algunos lugares: la iglesia de San Francisco, el Parque Esperanza, la estación de ferrocarriles, el Puerto como se le llama al mar... Sentí recorrer en mi cuerpo algo bello. A mi alrededor pasaba la gente sin que volteara a verme. Qué raro.

De amor y de mar... pensé.

Premonición

Venía de regreso de un viaje de trabajo. Fue un sábado. El último día que vi a mi padre como nunca antes le había visto. Sabía que estaba con mi madre, en una fiesta en casa del tío Javier y la tía Ofelia. Pasé a verlos. Con una efusividad perceptiblemente apagada me dio un abrazo y le dijo a sus amistades el orgullo que en él provocaba yo. Luego, discretamente me dijo que, él y yo, fuéramos un momento a la casa. Rara invitación, me dije, preludio de un sinsabor, pensé.

Durante el trayecto se dijeron palabras expresadas fríamente. Algo sucedía. Ya en la casa, me dijo que me quería mucho; que reconocía en mí mucho esfuerzo y dedicación, y que me auguraba una vida pletórica de todo. Sin embargo, que en ese momento había una especie de vacío en su corazón, una ráfaga fría de una tempestad que se avecinaba sin saber por qué; que su boca estaba ácida, su estómago flotando en los vaivenes de la peor de las incertidumbres. Me recomendó que esas pa-

labras fueran nada más para mí... Hoy incumplo mi promesa desde el momento en que las escribo para todos.

Después de escasos minutos más que de charla, de monólogo simplemente escuchado, regresamos a casa de aquellos tíos donde él se quedó con mirada gris, el rostro diferente a los tiempos de la sonrisa franca y hermosa que le caracterizaba. Allá lo dejé, con mi madre y sus amigos... Me fui alejando al término que la música de marimba, de la fiesta, también se alejaba de mis oídos. El trayecto de regreso fue sordo. Las penurias de la ausencia irreparable se aproximaban apresuradamente.

Ahora sé que me hablaba del término de su tránsito por la vida. Hoy me queda claro que mi padre habló conmigo como queriendo escuchar algo de mí, palabras que se quedaron atoradas en mi corazón, impedimento estúpido que desde entonces me agobia.

Al poco tiempo, muy poco tiempo, supe que de súbito había vomitado negro, algo negro y desconocido. Era la muerte que con desesperación le anunciaba que viviría treinta y cinco días. Ni un día más.

El principio del fin

Salió apresurado al patio y compulsivamente vomitó hasta quedar vacío. Sus ojos, atónitos y casi fuera de sus cavidades, miraban atontados el líquido viscoso negro. Nunca supe si maloliente, pero sí de un intenso negro, del mismo color de las profundidades de su cuerpo y, en ese momento, de sus pensamientos.

Le temblaban las piernas y cada parte restante de su entonces robusto cuerpo. Jamás imaginó que su reloj de sangre comenzaba a secarse.

Después del súbito vómito, supongo, habrá platicado con mi madre:

— Clari, ino sé qué tengo! No me duele nada, pero ¡qué jodido me siento...! y imira!

— Debe ser algo que comiste en casa de la comadre Ofelia y que te hizo mal, Beli...

— No, Clari. Yo creo que esto es muy serio.

— Pues, entonces, qué esperamos. ¡Vámonos a Tuxtla para que te mire el doctor...!

No recuerdo bien. No sé si primero fueron aquellos estudios con el doctor Del Barco, en su consultorio que estaba a la vueltecita del Parque Central de Tuxtla, en ese edificio feo que todavía hoy sigue estando feo.

Lo que sí recuerdo es que esa misma tarde, después de la consulta, me pidió que fuéramos al cine Alameda a ver “Ciclón” que estaba de estreno. Nada de la película vi.

En mi corazón, para entonces, retumbaba la sentencia galena de ¡Su papá tiene cáncer!, y es preferible que él no lo sepa de momento.

No tardó mucho tiempo en desatarse la cuenta regresiva del tiempo, del tiempo de todos. No sé cómo soporté vivir en la típica y dolorosa ingratitud de ser el único conocedor de la sentencia médica. Y qué decir de la frialdad y los sonidos del silencio cruento que rebotaban en los pasillos y las paredes del hospital, donde mi padre dejó casi toda esperanza, donde hipó hasta que ya no tuvo resuello, lugar donde compartimos, con esa intimidad y protagonismo que nadie podrá quitarme, las últimas horas de los escasos y últimos días de aquel mes de junio.

Aún sin sueño, qué largas son las horas de la noche, de cada noche, de todas. El cansancio te aturde; la espalda te duele y te arde; los pies se te hinchan y tus manos quisieran anhelantes esculpir destinos que se extinguen.

¡Qué largas son las horas de las noches! Te da tiempo de conversaciones con el enfermo, de escucharle y de

inventarle respuestas de verdades virtuales. Es como un engañarse ambos, sabedores de la verdad, conscientes de la mentira.

Tú, que no duermes, finges no tener sueño. El enfermo que sabe o que intuye que se muere, pretende dar aliento a terceros.

Aciagos los días que viví al lado de mi padre. Pobre viejo. Se me fue secando.

Se le acabaron las tripas por el maldito cáncer en el estómago. Si agua bebía o algo de comida comía, agua o comida vomitaba. Vivía de aire y de milagro. Lo que siempre conservó fue su ánimo, el que por una sola vez lo noté menoscabado: Ay, Dios mío —dijo—, ¡qué será que tengo! Fuera de eso, enfrentó a la muerte como lo hizo siempre con la vida: de frente e intensamente vivida...

Llegó el día y la hora, momento indeseado de la muerte. Por causa de algún dolor nunca sufrió, pues nunca nada de su cuerpo le dolió. Pero, estoy seguro, que lloró sin lágrimas al no quedarle nada adentro, salvo su sufrido corazón. Para él murió de cosa rara, o del páncreas según se le sugirió. Hoy entiendo que ocultar la verdad por dolorosa que ésta sea no es nada bueno.

No lo vi morir. Cuando lo vi ya estaba muerto, cubierto con una maldita sábana desde los pies hasta su cabeza. Lo vi sereno, como quien ha cumplido con la parte que le tocó hacer. Todavía sentí la tibieza al depositarle mis labios, en un beso, sobre su frente.

Cómo y cuánto extraño al viejo. Desde entonces, desde hace como veinticuatro años, me ha quedado un vacío eterno. Me quedó también la tranquilidad de acompañarlo hasta su partida, algo así como un deber cumplido.

Conservo fresco e intacto cada momento,
cada gesto, cada palabra, todo él.

La muerte

Un día veintiséis de un mes de junio. Un cuerpo escuálido. Las manos suaves, como de niño recién nacido, con deseos de acariciar a todos. Una respiración fatigosa. Un respirador conectado sin servir de nada. Unos ojos, cada vez más grandes, mirando de un lado a otro, como buscando un milagro. Una cama metálica fría en un sanatorio de paga en la capital del estado.

La hora, no la recuerdo. Tal vez antes del medio día. Apretando las manos de mi madre, de cerca mi hermano, solamente cerró sus ojos. Sus músculos tensos de ese cuerpo amado fueron cediendo a la calma mortuoria. Se le vio relajado finalmente. Fue una última mirada como diciendo, sin palabras, los amo con toda mi alma. Me duele dejarlos, pero la muerte me gana. Murió en compañía de su compañera amada. Yo lo vi poco después cubierto todo por una sábana blanca.

Lo observé con la misma serenidad con la que él murió. Algo le dije en silencio cerca de sus ojos y deposité

un beso, que quise que lo fuera sintiendo, en su frente todavía tibia.

Pocas horas después, la casa era una más de esas tertulias en las que mi padre participó igual que sus amistades lo hacían ahora. Hubo de todo. Comida para gente salida de sepa Dios donde, tragos de diferentes marcas y servidas a petición de la concurrencia y exigidas por la costumbre; flores bellas que en ese momento se apreciaban con ingratitud, llanto desgarrado y sincero de mujeres y de hombres, de jóvenes y viejos. Juegos de naipes y cubiletes disputados en la calle. El compadre Octavio, el compadre Eliseo, entre otros, recordando los cuentos blancos y colorados que tanta hilaridad provocaran platicados por la boca de mi padre.

Fue un entierro, como dicen los costeños, alegre y bien nutrido, hasta con música de marimba y mariachis. Ya de noche, el más preocupado era el panteonero pues no sabía cómo hacer para que los compadres del alma y de siempre abandonaran aquella tumba del entrañable e inolvidable amigo. Hubo llanto profuso de esos hombres, lágrimas que saben más amargas cuando las expelen los ojos de un varón bien nacido. Así fueron ellos con don Belisario. Dios los tenga en su gloria, más aquellos que descansan bajo tierra, o en cualquier lado del cielo, junto con el hombre que me dio la vida.

Han pasado casi dos décadas y media. Su fotografía, tomada por don Ángel Ocampo hace más de cincuen-

ta años, color sepia, agrietada por el tiempo, la guardo conmigo siempre. La veo a diario, y le hablo.

Rara vez voy al cementerio a depositar flores sobre su tumba, pese a la molestia que esto le causa a mi madre. Si he de ser franco, mi padre vive y vivirá hasta que yo le alcance. Y todavía más.

Sé que él me está esperando.

y así ...

He llegado, no sé cómo, hasta las playas de un mar que conozco y que me reconoce por mis recuerdos. Transcurren las últimas horas del día con un sol moribundo que sabía que vendría y que me ha esperado paciente y complaciente, como se espera un viejo conocido.

Camino sin prisa y juguetean y acarician mis pies la tibia y húmeda arena. Mi mirada —vaga por tantos sentimientos que se agolpan en esas partes del cuerpo llamadas piel, memoria, estómago, venas y corazón—, se sumerge hasta perderse en el color bermellón del horizonte inigualable y el gris pardo y triste del agua salada, testigo silenciosa del contacto íntimo entre el amor y el mar.

Camino pocos pasos y siento que me doblego. Estoy solo. Nadie me acompaña en los alrededores próximos. Mis rodillas se doblan en un cansancio producido por esas emociones que queman el alma. Hincado, mis brazos descansan sobre las piernas laxas y fatigadas;

mi rostro, buscando el calor de mis encallecidas manos; mis ojos, cuajados de deseos de llorar y brisa salada; mis años, al paso de aquellos sucesos, gastados por este trance emotivo, alegría y dolor en una sola emoción jamás sentida.

Hoy mis cabellos tienen un color a viejo. Mis reciedumbres de antaño se han venido a menos; la sapiencia incrementada; los amigos, muertos o vivos, en los recuerdos; las calles de mi Tonalá, como siempre, supongo, ardientes por el calor sofocante, con su gente bulliciosa e incansable.

Hoy he disfrutado este mar que, con el bramido de sus olas, quisiera decirme todo. Mis pies, mojados y acariciados por esa espuma salobre; mi mente reviviendo cada momento grato e ingrato a lo largo de aquella casi década y media maravillosa, primeros tiempos de mis cuarenta y nueve años.

Hoy me he dado cuenta cabal que fui feliz en aquellos tiempos que jamás volverán. Hoy me he sentido extraño e ingrato al recorrer sitios donde dejé pedazos de mi corazón.

En el aquí y en el ahora, con este caudal de emociones que me hacen vibrar hasta dejarme exhausto, doy gracias a Dios por haberme hecho vivir desde aquel avión estrellado; por la decisión de mis padres por la búsqueda de un rumbo nuevo; por el encuentro de aquella casa pobre que desde entonces debe oler a fragancia de amor verdadero.

Doy gracias a Dios por mi madre, por su bondad y abnegación sin sentir cansancio; por mi padre, por su actitud perenne de hombre de bien y porque fue el más auténtico de mis amigos, mi ejemplo; por mis hermanas y hermano, y el cariño fraterno, regalo de siempre, con el que me dispensaron; por mis amigos y por los amigos de los viejos, porque jamás me olvidaron.

Por todo y por todos.

Acuclillado, en la intimidad de la soledad y la tristeza y ese suave viento que surge cuando el día desfallece y el mar empieza a mostrarse adormitado, con mis pies cubiertos de arena, cabizbajo, en el momento en que el sol finalmente se ha ocultado, presagio de una noche más, de mi mejilla resbala lentamente una lágrima de amor...

Una lágrima de dolor. De amor y de mar.

**Colección
Boca del Cielo**



UNICACH

Se terminó de imprimir en el Taller de Autoedición de la UNICACH en el mes de noviembre de 2008 con un tiraje de 500 ejemplares. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Salvador López Hernández, la corrección de Sofía Santamaría García y el cuidado de la edición de la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.

